

Filosofía, Letras, Arte
y Poesía

MAXIMO JOSE KAHN

La perduración del Judaismo y la sobrevivencia de la Judeidad

En todos los tiempos los judíos tuvieron el derecho de defender sus vidas; en nuestra época actual tienen probablemente incluso el deber de hacerlo: ante Dios, ante los demás hombres y ante ellos mismos. Ninguna cultura puede consentir a otra que la extermine como los alemanes trataron de exterminar la judía: sin poner condiciones y empleando no ya medios de violencia, sino medios que deshonraron a la totalidad del género humano y que la habrían deshonrado aun si la víctima no hubiera sido aquella cultura que va consumiéndose precisamente para que nadie emplee medios abyectos. La judeidad es el pueblo que en los albores de la evolución ética de los hombres descubrió los valores imperecederos de la vida, que fue desangrándose por ellos durante más de dos mil años y que está dispuesto a empezar de nuevo: desde Judea, la Palestina judía, Palestina a la vez de Abraham, Isaac y Jacob y de las generaciones del porvenir.

La judeidad sabe muy bien que los antijudíos trataron de exterminarla precisamente porque reviste importancia. Mas ella se da la importancia que tiene y, consciente del valor que representa, se entrega de lleno a aquel presentimiento que la hace adivinar que también en el porvenir proveerá a la vida religioso-espiritual de orfebres y joyeros. A los judíos les gusta ser orfebres y joyeros, porque les gusta ser eso mismo en la vida religioso-espiritual.

En los últimos quince años nosotros, los judíos, hemos hecho lo que estaba en nuestro poder para cumplir con el deber divino-humano

de poner a salvo nuestras vidas. El resultado fue escalofriantemente pobre, porque nuestros medios eran pobres, en el momento dado. Hemos hecho uso del deber de escaparnos de la muerte y —no hay que vacilar en confesarlo— hemos abusado de él. Hemos mentido. Hemos fingido ser lo que no éramos. Pero nada de eso reviste gravedad; gravedad reviste lo que los antijudíos hicieron con los millones de seres que no lograron conservar sus vidas y lo que querían hacer con aquellos pocos que consiguieron conservarlas. Gravedad reviste el hecho de que nos obligaran a mentir y simular. Hubiéramos podido hacer cosas infinitamente más graves sin que nadie tuviera el derecho de condenarnos.

En los años en que el mundo tenía mucho más de manicomio que de morada de efigies de la deidad y en que se mataba al ser humano como se mata una polilla si los papeles personales de ese ser indicaban que era judío, en esos años fueron vistos papeles personales en que figuraban apellidos como Cohen, Leví y Rosenzweig y en cuyas casillas para los datos sobre la religión se leía: *católico, protestante, ortodoxo, sin religión*, o incluso *budista*. Tales datos implicaban no pocas veces una mentira o simulación sin que implicaran un acto de inmoralidad; inmoral habría sido el suicidio o asesinato seguro que hubiera acarreado el declarar otra cosa. No siempre fue el enemigo personalmente el que nos obligó a falsear la realidad; a veces fue el amigo no-judío que nos proporcionó papeles falsos, porque así como nosotros mismos sentíamos el deber de poner a salvo nuestras vidas, hubo no-judíos que sentían alentar en sus pechos el mismo deber. No cabe duda de que entre ellos hubo hasta sacerdotes: ortodoxos, protestantes y católicos.

De la matanza sin precedentes organizada por los nacionalsocialistas alemanes en que sucumbieron seis millones de los nuestros —judíos ancianos, hombres judíos, mujeres judías, judíos adolescentes, niños judíos y criaturas recién nacidas—, de esa matanza sin precedentes parece haberse escapado aproximadamente un millón. Es probable que esa cifra sea exagerada; huelga explicar por qué el cálculo es difícil. Llegados a sus nuevos países de asilo, no pocos de esos fugitivos volvieron a vivir en su judaísmo de siempre, a ejemplo de muchos marranos españoles del siglo XVI. Pero otros habían empezado a sentir pánico ante su existencia como judíos y, una vez puesta a salvo la desnudez de sus vidas, decidieron alejarse y alejar a sus hijos, definitivamente, de los riesgos graves que implica el tener que ser judío. Así apostataron.

La traición que cometieron de esta suerte es de lamentar, pero

el destino de esos renegados no merece una detenida consideración, pues, aunque su número no era despreciable, tampoco revestía importancia. Importancia reviste otro hecho.

El pánico producido por los actos y campañas de judeofobia cuyos autores, con cada día que pasa, parecen crecer en cantidad e intensificar su inescrupulosidad desgarradora, incitó a un número muy considerable de judíos a abandonar el judaísmo y a asegurarse la vida fuera del ámbito de su origen. No apostataron sólo gentes establecidas cerca de los focos del peligro inminente, sino también otras: para la judeidad entera, para los diez o nueve millones de individuos judíos que quedaron con vida después del proceso de exterminación iniciado por los nacionalsocialistas alemanes, la tierra se había convertido en un tremedal. Se hizo apremiante la necesidad de protegerse: de encontrar un asilo no demasiado inseguro y una forma de vivir que tal vez no llevase inmediatamente hacia la muerte a mano airada.

Por fortuna, la esperanza de encontrar pronto una protección fuerte al abrigo de la Palestina judía va paralizando aquella huida de los judíos del judaísmo que se observó bajo el reinado de terror de los nacionalsocialistas. Sin embargo en varios sentidos se nota un decrecimiento del potencial judío.

¿Qué se puede enunciar, ante este espectáculo, sobre el deber del judío, de conservar, de defender y de asegurar su vida?

Uno de los más grandes espíritus del judaísmo de principios de nuestro siglo actual. Franz Rosenzweig, parece haber puesto poco interés en la sobrevivencia de los judíos. "No es importante que los judíos sobrevivan", escribió; "importa que el judaísmo perdure".

Franz Rosenzweig fue un excelente conocedor de la esfera hebrea del orbe, amante apasionado de las cosas judías, colaborador de Martín Buber en la traducción del Antiguo Testamento y autor de una maravillosa traducción de ciertos poemas de Yehudá Haleví. Una colección de sus cartas publicada hace unos veinte años, pertenece a lo más noble que el judaísmo produjo a principios del siglo XX para los judíos y no-judíos.

Rosenzweig fue poeta. La realidad práctica de la judeidad no le era muy familiar. Además era un hombre enfermo obligado a llevar una vida de retiros. Finalmente conviene anotar que se formó en los últimos años del post-romanticismo. Rosenzweig fue un idealista y un portentoso romántico.

Rosenzweig vio tiempos relativamente tranquilos, y las pocas inquietudes de su época se convirtieron dentro de su ánimo a la vez

agitado y sereno, en pensamientos y sentimientos apacibles. No vio con sus propios ojos ninguna persecución sangrienta de los judíos. Cuando murió, el antijudaísmo que había conocido personalmente no pudo compararse con la hostilidad feroz bajo la que vivían ya entonces los judíos rusos y polacos y menos aún con la judeofobia desencadenada más tarde por los nacionalsocialistas. Rosenzweig conoció bien la historia del judaísmo español, pero una cosa es recordar, a través de los relatos, la expulsión de los judíos, de España, y otra, adivinar lo que los alemanes harían con los judíos en el porvenir. A Rosenzweig le fue dado especular sobre los caminos del judaísmo con un espíritu de vigorosa religiosidad, sin compenetrarse con lo que siente el judío al dar con el monstruo de la exterminación, cara a cara. Así se explica que pudiera escribir aquella famosa frase que enuncia: "No es importante que los judíos sobrevivan; importa que el judaísmo perdure".

Esa frase suscita una pregunta principal: ¿Puede perdurar el judaísmo sin que los judíos sobrevivan?

Ciertos momentos de la historia judía —cuando el Templo de Jerusalén fue defendido en una forma suicida contra Tito, cuando un puñado de macabeos arremetieron contra Roma, cuando hombres y mujeres extáticos se tiraron a las hogueras de la Inquisición— no contestaron sólo positivamente a esa pregunta, sino que parecieron enunciar aún más: que conviene morir para que el judaísmo perdure. También Franz Rosenzweig parece haber pensado así.

Pero hubo otros instantes en que se parecía no creer que el judaísmo pudiera perdurar sin ser propulsado por vidas animadas: cuando cierto maestro de la judeidad pidió de los romanos la pequeña plaza de Yabné para fundar allí escuelas, cuando ciertos grandes maestros judeoespañoles de la Edad Media se convirtieron aparente y pasajeramente al Islam, cuando no pocos clanes de judíos de España y Portugal se hicieron marranos y cuando otros prefirieron vivir desterrados a morir.

En períodos vigorosamente animados por el espíritu de la idealidad, la vida les solía importar poco a los judíos; en épocas de ponderada reflexión la vida en sí parecía a veces más preciosa que ese portentoso estilo de vida llamado judaísmo. Pero en realidad no es así que la pregunta de si el judaísmo puede perdurar sin que los judíos sobrevivan fuera contestada positivamente en unas fases de la historia judía y negativamente en otras. En todo momento hubo quién defendía una opinión y quién defendía la otra, porque en la solución teórica de ese problema entra el carácter del individuo con

sus rasgos esenciales como: la prudencia, el egotismo, el coraje o el instinto de religiosidad.

A principios de nuestro siglo cuando vivía y actuaba Franz Rosenzweig, las opiniones estaban muy divididas en la Europa Central, porque el judaísmo de esa región se había vuelto tibio y teorizante. En la Europa Central de Rosenzweig los judíos no vivían tiempos de heroísmo o tragedia. Tanto más admiraban la idealidad de los helenos antiguos, idealidad enaltecida por el instinto religioso que habitaba en sus propios pechos pero que, en esos tiempos de emancipación y asimilación, resultó demasiado inerte como para verse sobre sus propios asuntos judaicos. Fue el poderío otoñal del post-romanticismo el que arrastró a los espíritus hacia la Hélade y la cultura helena de la antigüedad. Igual que aún hoy en día, hasta ciertos grandes pensadores del judaísmo se compenetraron tan apasionadamente con Grecia como con Canaán. A nadie le escapa que también en la famosa sentencia de Rosenzweig alienta un asomo de convicción según la que Grecia y Canaán se merecen destinos similares. "La sensualidad de los helenos y la idea de Dios, de Judea", según calificó Heine la esencia de ambas culturas, parecían tener en los tiempos de Rosenzweig, en cuanto valores, casi el mismo peso. Rosenzweig era lo que se llama un judío asimilado, sin que el mal de la asimilación a las ideologías heterodoxas o neutras de su ambiente hubiera causado estragos en él. A ejemplo de tantos grandes judíos asimilados de las épocas post-helenas, estaba esencialmente asimilado a la idealidad de la Hélade. Rosenzweig pudo declarar que la sobrevivencia de los judíos no era importante, porque el ejemplo de los helenos le cautivaba. En su época se creía saber que, sin que sobrevivieran los helenos de la antigüedad, la Hélade clásica y el helenismo perduraban casi palpablemente en el Occidente de nuestra Epoca Moderna.

Pero es enorme el error de creer que el judaísmo perduraría en las mismas condiciones en que parece perdurar la cultura helena, es decir, si todos los judíos sucumbieran así como sucumbieron todos los helenos de la antigüedad.

En efecto la Grecia moderna representa, al parecer, un recuerdo concreto y palmario de esa antigüedad cuyas obras de arte quebradas e intactas continúan llenando los ojos del mundo. La Grecia moderna es, hoy por hoy, un escenario donde el espectáculo de la vida antigua parece poder volver a iniciarse en cualquier instante. Es como si en Grecia alentase aún apreciablemente el espíritu de sus antiguos filósofos, dramaturgos, poetas y escultores; y hasta ahora ninguna

otra actividad pudo ofrecerle jaque, ni siquiera la de la Iglesia Ortodoxa. Grecia es, hoy por hoy, no sólo exclusivamente el país del helenismo, sino también una Hélade de la antigüedad bastante bien conservada.

En contraposición a esto, Canaán no fue nunca un estrado del gran arte, y los poquísimos monumentos que Israel se decidió a erigir, están devastados. Canaán no es apenas más que su paisaje cananense. Por supuesto es también espíritu del espíritu del Antiguo Testamento. Pero allá “la idea de Dios, de Judea” ya no reside en su sinaica soledad, sino contiguo a ella habitan el cristianismo y el Islam, ávidos de ver desaparecer todo lo judío. Canaán es un campo de batalla de las ideas. Numéricamente la judeidad es infinitamente más endeble que la humanidad cristiana y los mahometanos, y ni siquiera las simpatías anónimas de la población de la tierra le pertenece. Si los parajes de Canaán tienen, por lo menos, tantos encantos como los de la Hélade, son el cristianismo y el Islam los que reclaman para ellos ese arrobamiento.

En cuanto a la Hélade, es casi natural que cada nueva generación se apresure a adir su herencia, porque con ella sorbe un paganismo que acata la verdad bella y la moral elegante: el helenismo fue una augusta odisea espiritual. A pesar que la filosofía, el sentir estético y la mitológica tragedia de los helenos penetraron vigorosamente en la evolución del hombre posterior, todos sus herederos —hasta el Renacimiento italiano, las grandes religiones post-judaicas y el Humanismo septentrional— mostraron sumo interés en no borrar nada de lo que tomaron de la Hélade, porque todo lo que viene de allá es de tal suerte desenfado regocijante, que no hay manera de plagiarlo ni de imitarlo. Todo lo heleno desempeña en el concurso de las culturas un poco el papel que desempeñan los lagos, los valles y las montañas de Suiza en el concierto de las iniciativas de la actualidad. Cualquiera siente de vez en cuando la necesidad de poder refugiarse hacia lo que significan las creaciones helenas para descansar de las mortificaciones y de la angustia con que el hombre religioso se compromete ante Dios. Hasta la tragedia del teatro griego es, en realidad, menos trágica que, por ejemplo, la lamentación de un Job, porque su angustia lapidaria y monumental es la expresión de su naturaleza mitológica, naturaleza llegada a ser inaccesible para nosotros, criaturas de Dios. Es precisamente en ésto donde reside la fuerza de atracción de la Hélade antigua: en que parece ser real sin serlo, en que parece ser tan palpable como la mano palpada por la mano hermana sin poder ser vivida por nadie. Las gentes que se refugian en

los valores helenos para reposar, lo hacen para desprenderse por momentos de la realidad. Toda la antigua Hélade ha sucumbido; el país, su mitología, su paganismo y su moral, moral propia de su pagana antigüedad. Hasta la cercanía y palpabilidad de la Hélade es una ficción. Es nuestra imaginación la que, ávida de enroscarse alrededor de una trama de hermosura sin igual, confirió a todo lo heleno aquella sentimental plasticidad que embelesa nuestros sentidos hambrientos. Hablar de la antigua Hélade es, en realidad, hablar de algo que llegó a ser una fata morgana. Para generaciones menos ateístas e idólatras de lo que es la actual, la belleza insensata del legado heleno debería ser un manantial de la congoja.

Ahora bien, mientras que nadie tiene interés en borrar el recuerdo de la Hélade de la antigüedad, porque no representa un yugo para nadie, porque es un lugar de reposo para la mente martirizada por la realidad y porque se cierne en lo alto nuestra imaginación como una pompa de jabón bellísima y sempiterna, la cultura de la responsabilidad llamada judaísmo es temida hasta por los judíos como el yugo más torturante que jamás se posó sobre la creación.

Con el judaísmo sucede justamente lo opuesto de lo que acaece con la cultura helena: mientras que ésta sucumbió cuando pereció el último heleno, aquél perdura y va acompañado, como si fuese su sombra, el ascender y descender de las generaciones; mientras que ésta llegó a ser para nosotros una quimera de enorme expresividad, aquél es una realidad muy poco visible y por eso doblemente enojosa; mientras que ésta, en suma, es una mitología, aquél no es sólo lo que se llama una religión, sino también el arcaico y pesado manantial de nuestra religiosidad toda.

En el judaísmo ninguna verdad meramente bella, ninguna moral elegante y ninguna sabiduría en sí alada libra a la criatura del sentirse responsable ante sí misma, ante los demás hombres y ante Dios. Desde hace más de dos mil años tanto los no-judíos como gran parte de los judíos mismos emprenden lo que está en su poder para romper el yugo que representa la concepción judaica del mundo o, al menos, para aligerarlo o, al menos, para tildarlo de algo alegórico. No pocas veces al correr los tiempos, los judíos mismos desearon ardientemente no ser judíos. Esto sucedió la última vez —sin que haya sucedido probablemente por última vez— cuando los nacionalsocialistas alemanes soltaron la bestia de la exterminación.

Los hombres todos se resisten a aceptar el legado sináico y —desde cierto punto de vista— los judíos no son en esto menos tercos que los no-judíos. La judeidad da albergue a muchos enemigos

dentro de su propio seno y por fuera está cercada de adversarios. Estos no esperan más que ver llegar el instante en que nadie se apasiona ya por el estilo judío de vida para borrar de la tierra las huellas de la judeidad y el recuerdo del judaísmo. A pesar no ignorar totalmente que la ausencia del patriarcal competidor causaría en ellos mismos un relajamiento enorme, algunos de ellos se apropiaron ya en vida de la herencia que el judaísmo podría dejar en el momento de sucumbir. Con tanto esmero y tanta intensidad absorbieron la esencia del judaísmo como si pudieran hacerle creer y hacerse creer a ellos mismos por medio de esa absorción que ya murió. Tan ferviente es su íntima necesidad de verlo fenecido. Apoderándose de su legado en vida, creyeron privarlo de la vida y del legado.

Algo parecido le sucedió antaño a la Hélade por parte de Roma y Bizancio. Entonces la Hélade sucumbió, porque lo pagano, idolátrico y mitológico de su naturaleza —aquello que hoy en día se llamaría folklore— no tuvo la resistencia necesaria. Pero si Roma y Bizancio no hubieran llevado a cabo esa obra de destrucción, la Hélade degenerada hubiera recibido el golpe mortal por generaciones posteriores, por aquellas que la veneran en la actualidad hasta el extremo de querer verla resucitada. Así se hubiera obrado con la amada Hélade, porque lo que menos le perdonan las culturas a una cultura es su perduración. Y si hubieran obrado así con la bellísima Hélade de Fidias, ¡cuánto más abruptamente hubiera desaparecido el grave y torturante judaísmo el día en que todos los judíos hubieran entrado en el no-ser! Porque esencialmente es ésto lo que se le toma a mal a la judeidad: que continúe exhibiendo ante la conciencia de los hombres las dos tablas de la Ley de tal suerte como si durante toda su historia no hubiera hecho otra cosa sino ir descendiendo, lentamente, lentamente de las cimas del Sinaí, con las tablas de la Ley en alto, hasta hoy.

La humanidad entera quisiera evolucionar sin la judeidad sobreviviente y sin el judaísmo. Sobre todo quisiera renunciar a la judeidad sabiendo que la desaparición del judaísmo vendría después por sí sola y por sus pasos contados. La mejor prueba de esta intención nos la dio el espectáculo que vimos hace poco: la campaña de exterminación emprendida por los nacionalsocialistas alemanes, la poca resistencia que encontró en su derredor y el oleaje de judeofobia que desencadenó como epílogo. De ningún modo la humanidad quisiera tener en sus filas a hombres cuyos antepasados prometieron que cada miembro de su grey se sentiría responsable de sí mismo y

de todos los demás, desde el primero hasta el último, jerárquica y cronológicamente.

Mas, colocados en esta situación, los judíos no ignoran que fue precisamente el tener que combatirse ininterrumpidamente entre el ser y el no-ser el que procuró la sobrevivencia a la judeidad y la perduración al judaísmo. Ni la mitología del paganismo ni la religiosidad de las creencias post-judaicas ni el cálculo materialista del ateísmo moderno lograron enturbiar la infinita, eterna e inmutable perfección de la verdad a cuya efigie se moldeó el judaísmo. Según demuestran los tres mil quinientos años de su órbita, para sobrevivir el judío no tenía que hacer más —ni menos— que hacer perdurar el judaísmo, con todo el poderío a su alcance. Es el judaísmo el que se preocupa por la sobrevivencia de la judeidad. Por consiguiente es justo que el judío no haga, esencialmente, otra cosa que preocuparse por su perduración.

Pues bien, si se dijo que Franz Rosenzweig parecía haber puesto poco interés en la sobrevivencia de la judeidad —para concentrar toda su atención sobre la perduración del judaísmo— se citó la frase ardientemente idealista de un hombre para el que el judaísmo lo era todo o casi todo y que no se representaba al judío en su lucha con la adversidad: perseguido, desterrado o condenado a muerte. Ese discípulo de salmistas, profetas y grandes rabíes no se interesaba por el hombre judío en cuanto vida aislada; le interesaba la vida judía. Le interesaba la genialidad del judaísmo. Y como hubiera hecho la Pitonisa de Delfos, la Sibila, la Esfinge y, sobre todo, el arcaico oráculo de la profecía sinaica, la parte insignificante de su visión le sirvió para envolver en ella la esencial. Rosenzweig no dudaba que, mientras perduraba el judaísmo, la judeidad sobrevivía. En cambio dudaba que la simple sobrevivencia de la judeidad sería susceptible de hacer perdurar el judaísmo, porque sobrevivencia en sí sin la perduración de los valores no es nada admirable. Por eso en su famosa frase no puso ningún acento en la sobrevivencia de la judeidad.

Mas, si Rosenzweig tiene razón, si en el orbe judaico lo único que importa es la perduración del judaísmo ¿cómo concuerda esto con el derecho y el deber del hombre judío de poner su vida a salvo siempre y ante todo en tiempos de muerte a mano airada, de persecuciones con medios feroces y de torturas?

Puesto que es el judaísmo el que hizo, hace y hará sobrevivir al judío, cualquier judío tiene no ya sólo el derecho sino el deber de salvar su vida en cualquier momento de riesgo, pero siempre de tal

suerte que, con los recursos que emplea para conservar su vida, haga perdurar el judaísmo. Es así como la sentencia de Rosenzweig concuerda con el requerimiento de la naturaleza. La dureza del judaísmo es el precio que tiene que pagar la judeidad por su vida.

¿Acaso se expresa egoísmo, vanidad o simple testarudez en el oscuro propósito de los judíos de resistirse a la oposición universal de las generaciones?

¿Acaso los judíos no tienen el derecho de imponerse a ellos mismos el sacrificio que suponen sus sufrimientos sin fin?

Ya que creen servir a la humanidad en una forma determinada ¿acaso le servirían mejor desolajando el escenario de la creación?

¿Acaso no tienen en absoluto razón consumiéndose como se consumen, por aquellas partículas de la verdad que les son caras?

Los judíos creen que hay que obrar, con la conciencia puesta al desnudo, dentro de la más vertiginosa responsabilidad sin contar con otros premios de los que pueda conferir la conciencia misma. Los judíos creen que la redención mesiánica advendrá envuelta en la esperanzada desesperación. Los judíos creen que sólo es sublime lo que es santo y que sólo es divino lo que es de Dios. Los judíos creen que la justeza ha de ser vivida dentro del torbellino del mal. Los judíos creen que el dón supremo es la sabiduría de corazón. Los judíos creen que el arte, la política y la metafísica son ejercicios idólatricos de la vanidad, que las guerras son obras de la vanidad y que la paz es admirable no por ser reposante y armoniosa, sino por trasladar toda vida hacia los adentros del ser. Los judíos creen que no hace falta creer en Dios, porque Dios es tan impenetrable que ante él hasta el creer en él, el adivinarlo y el venerarlo resulta insuficiente. Los judíos creen que la verdad puede ser vislumbrada entre la tolerancia y la intolerancia entre la duda y la certidumbre: en la inspiración del hombre que se consume enamorado de la verdad. Los judíos creen que valen más que la flor, porque mientras la flor está condenada a la perfección, en ellos se agita el dón del perfeccionamiento. Los judíos creen que la libertad es la libertad de volverse efigies de Dios. Los judíos creen que la realidad es lo santo

No es de suponer que los judíos yerren totalmente, porque si el judaísmo fuese un error, ellos no habrían podido ver sucumbir Egipto, Babilonia, Asiria, Grecia, el Imperio de Alejandro, Roma Bizancio, el Imperio Español, el Imperio de Napoleón y el Imperio Nacionalsocialista. Una grey dispersada por las cuatro partes del mundo no puede sobrevivir si no alberga en sus adentros, un poderío más grande que el poderío exterior de las naciones grandes. Los judíos

no sobrevivieron como los chinos: protegidos por una muralla y apartados del resto de los hombres, sino en medio de la humanidad. Tampoco sobrevivieron como los negros de Africa o los naturales de las islas dispersas. Sobrevivieron en el centro del ígneo afanar.

En otro lugar —en un trabajo sobre el porvenir de la humanidad— se ha mostrado detenidamente por qué sucumbieron o degeneraron todas aquellas culturas que se desprendieron de su judeidad y por qué el genio entrañable de la humanidad va declinando en la medida en que va ahogando el judaísmo que alienta en ella.

Si algún consejero aconseja a los judíos salvar sus vidas únicamente de tal suerte que con ello hagan perdurar el judaísmo, los no-judíos deberían aconsejarles lo mismo en vez de obrar en sentido totalmente opuesto, como hicieron hasta ahora.

¿Qué resultado cree haber obtenido la humanidad en los últimos tres mil años de la historia y hasta hoy persiguiendo a los judíos y oprimiendo el judaísmo? ¿No llegó acaso el instante en que se debería empezar a retirar la cobardía asquerosa y el gozo de los instintos bajos con que los no-judíos se lanzan, lústro tras lustro sobre la grey que no se defiende? ¿Quién tiene la culpa de la miseria en que se revuelcan hoy por hoy, los hombres todos? ¿No la tendrá aquél que mata, que aplica torturas y que roba? Al menos en el judaísmo tiene vigencia esta frase: El perseguido es menos culpable que el perseguidor aun si éste fuese más justo que aquél.

Cuando la cultura pagana, idolátrica y mitológica de la antigüedad empezó a secarse para ceder el lugar a la cultura religiosa de la Edad Media, el judaísmo fue la vara alrededor de la que esta cultura se enroscó para ascender. En ciertas ocasiones se les consiente a los judíos el derecho de subsistir porque se ve en ellos los testigos de los comienzos de la religiosidad. Pero los judíos son algo más que testigos de esto y también algo más que testigos simplemente: cuando surgieron la Iglesia Oriental, la Protestante, el Comunismo y el Nacionalsocialismo, la arcaica religiosidad de los judíos fue la columna vertebral invisible de la constancia religiosa. El siglo XX no es sólo truculento para los judíos sino para toda la población de la tierra. El recuerdo de la bella Hélade de la antigüedad no puede suponer ningún punto de apoyo en el escalofriante temblor de culturas al que asiste el testigo ocular, porque la antigua Hélade no es para nosotros ni siquiera tan real como Suiza. En cambio el pequeño, pero denso y fuerte núcleo de aquellos judíos para los que su judaísmo arcaico y tradicional no ha dejado de ser su sustrato inquebrantable, será un punto de apoyo fiel para las generaciones del post-

comunismo, del post-capitalismo y de los períodos post-dictatoriales, tiendan a la convicción que tiendan, porque el judaísmo no vio sucumbir los Imperios —desde el egipcio hasta el alemán— para sucumbir ante los cálculos vacuos del siglo XX.

Si la humanidad supiera a ciencia fija cómo suprimir el mal y cómo propulsar el bien, nadie debería atreverse a darle consejos de esta índole. Pero si fuese así no estaríamos como estamos. Por tanto cabe la pregunta ¿Qué pierden los no-judíos con hacer el experimento curioso de dejar de ser no sólo antijudíos sino también tibios filosemitas, de convertirse en amigos del judaísmo y de esperar los resultados? ¿Qué les puede costar reducir, por unas generaciones, un poco, los saqueos, las persecuciones y las matanzas y aumentar, un poco, la buena voluntad para ver qué pasa? ¿A quién le ensucia el alquitrán con que se suele ensuciar las casas de oración de los judíos?

De acuerdo con la famosa sentencia de Franz Rosenzweig no le conviene al judío ninguna conversión a concepciones del mundo ajenas a la judaica. Esto quiere decir que no sólo aquel judío perjudica la causa de la judeidad que abandona la Sinagoga oficialmente para entrar en otro Templo, sino también aquel otro que continúa considerándose a sí mismo como formando parte de la judeidad sin seguir viviendo en el judaísmo. En realidad son estos últimos los que perjudican al judaísmo más gravemente: porque son mucho más que los primeros, porque aparentan cumplir con algo que no cumplen, porque dan el ejemplo de una falta de entereza y porque van socavando el judaísmo por dentro, casi invisiblemente y como en plan de engaño. Se trata de los que se asimilan a las convicciones o a la ausencia de convicciones del ambiente que los rodea hasta el extremo de ya no ser judíos sino étnicamente, de aquellos otros que por apatía y por ligereza en realidad ya no saben lo que son y que en el fondo no quisieran ser nada, de aquellos otros que, entregados de lleno a la reconquista de la Palestina judía se pierden en sus pasiones políticas, nacionalistas y partidarias y, sobre todo, de aquellos que cometen el pecado contra el santo espíritu metamorfoseándose en comunistas ateístas. Rusia es el prototipo de la potencia que salva la vida del judío de tal suerte que esta salvación disuelve el judaísmo.

Pero no pocos de esos judíos pueden efectivamente abrigar la esperanza de salvar la desnudez de sus vidas en medio de oleaje de la judeofobia. Su sobrevivencia personal está relativamente asegurada. Pero ya no pueden contar con que sus nietos y, ni siquiera sus hijos, sientan sus propios pechos como casas de su alma y espíritu, porque al abandonar el judaísmo subrepticamente, avientan su alma

y su espíritu como quien avienta unas cenizas: sin saber cuál de los cuatro vientos se los llevará. La casa de la seguridad patriarcal queda vacía.

Ciertos judíos viejos recuerdan todavía el bienestar que sentían en sus pechos cuando éstos estaban aún habitados por la calurosa religiosidad judía; y ciertos viejos no-judíos recuerdan la sabiduría de corazón que anidaba en torno de esos pechos. Pero en la actualidad sentimos cómo van ahucándose y cómo dejan entrar una frialdad glacial. Esto sucede por culpa de aquellos judíos que quieren salvar sus vidas sin hacer perdurar el judaísmo y por la de aquellos no-judíos que prefieren exterminar ciegamente lo que no comprenden bien, a detenerse y a reflexionar.

MAXIMO JOSE KAHN